

El pensamiento poético en la infancia

María Trinidad Labajo González

Centro Superior de Estudios Universitarios La Salle. (UAM) Madrid

Resumen

El niño pequeño no ha perdido la capacidad de asombro, de maravilla. Interpreta el mundo desde sus ojos, limitados por la falta de experiencias pero abiertos a la asociación, a la apropiación, al significado más subjetivo y personal. Y de esta capacidad de interpretación surgen producciones lingüísticas extraordinarias por su originalidad y por su lógica, envidiadas por los poetas adultos para los que la realidad ha dejado de tener secretos y cuyo lenguaje poético supone un indudable esfuerzo intelectual y creativo.

No nos cuesta aceptar las más estereotipadas de estas producciones, las que, en muchas ocasiones, nacen del interés del adulto por acercar su mundo al niño, como la conocida imagen del caracol que lleva auestas su casa (a veces con chimenea y todo). Pero, sin embargo, nos cuesta aceptar que las vías del tren sean escaleras y nos apresuramos a completar el vocabulario infantil con un nuevo significativo: vías. Hacemos esto con todas nuestras razones pedagógicas cuando el niño tiene tres años y, cuando cumple ocho, o tal vez antes, nos apresuramos a clamar por una pedagogía de la imaginación porque su mente es demasiado realista, demasiado lógica, demasia-

do poco original. ¡Qué paradójicos llegamos a ser los adultos!

Palabras clave

Pensamiento lógico, pensamiento mágico, lenguaje poético, metáfora, creatividad, expresión, figuras literarias.

Abstract

The child has not lost his/her ability for astonishment and wonder. They interpret the world through their eyes, which are limited by the lack of experiences but are open to association, appropriation, to the most subjective and personal meaning. And this ability to interpret leads to linguistic utterances which are extraordinary in terms of their originality and logic. They are envied by adult poets for whom reality has ceased to have secrets and whose poetic language no doubt involves an intellectual and creative effort.

We readily accept the most stereotyped of these utterances. They are, in many cases, originated from the adult's interest in approaching his/her world to the child, same as in the known image of the snail carrying its house (sometimes even with a chimney). However, we find it difficult

to accept that the railway lines are stairs and we rush to complete the child's language with a new signifier: railway. We do that according to all of our teaching reasons when the child is three years old and, when he turns eight, or maybe before, we rush to claim for a teaching of the imagination since their mind is far too realistic, too logical, too little original. How paradoxical we, adults, are!

Key words

Logical thought, magical thought, poetic language, metaphor, creativity, expression, figures of speech.

¿Un mundo sin poesía?

La poesía es el género literario que más quebraderos de cabeza da a todos aquellos que la escribimos, la analizamos, la enseñamos y la amamos. La poesía es el género literario más antiguo, más alabado y más valorado por los críticos de literatura. Pero es también el menos leído, el menos publicado, el menos comprendido y más temido por los alumnos de institutos y universidades.

¿Cuál es el motivo de esta dualidad? Pues, simplemente, que la poesía, tal y como se trabaja en las escuelas e institutos en la actualidad, es una especie de piedra filosofal a la que sólo algunos pueden acceder. Un lenguaje entre críptico y mágico que sólo llegan a comprender unos pocos iniciados en el lenguaje poético y en la visión lírica de nuestros autores más ilustres.

La poesía no se entiende y por eso no se compra. Como no se compra, no se publica y, como no se publica, apenas tienta a unos pocos a escribir para el público, a tratarla como un género literario y

no sólo como el vaso en el que vertemos nuestros deseos y tristezas privadas. La poesía se está convirtiendo en un género individual y personal y está abandonando el carácter social que, durante siglos ha detentado.

A lo largo de quince años he hablado con mis alumnos de Magisterio sobre poesía y, a pesar de que sus caras sean diferentes, sus respuestas siguen siendo las mismas: hay unos pocos (muy pocos por desgracia) que, por cuestiones personales y familiares, son lectores y devoradores de toda la poesía que cae en sus manos. Aman la poesía, gustan de ella e incluso la escriben y se presentan a concursos literarios. Hay otro grupo, un poco mayor, formado por aquellos que se definen como fervientes admiradores de algunos poetas: Lorca, Machado, Bécquer (¿a quién no le ha gustado Bécquer alguna vez en su vida?), Rubén Darío, Alberti... pero sólo leen a esos a los que han estudiado, a esos cuyos secretos les han sido desvelados por un eficiente profesor de literatura, a esos a los que «entienden». Y luego está el resto de los alumnos. La mayoría, para ser sinceros. Los que sólo afirman conocer algún poema, los que dicen que la poesía es muy difícil, los que no leen porque no «entienden». La poesía... un género para iniciados... Y sin embargo, todos ellos llevan bien cargados de canciones sus mp3s o sus walkmans... entienden las letras de las canciones (incluso en otros idiomas) pero han puesto un cristal irrompible e impenetrable entre ellos y la poesía. ¿Han sido ellos o hemos sido nosotros, eficaces enseñantes, quienes lo hemos conseguido año a año, curso a curso?

Pero no seré yo quien, al menos de momento, conteste a esta pregunta. Preferiré comenzar analizando el componente secreto de esa piedra filosofal que es la poesía.

El lenguaje poético

Cuando Aristóteles definió los géneros literarios, los dividió en tres grandes bloques: Poesía mimética (la que imita a la realidad), poesía no mimética (la que se aleja voluntariamente de la realidad) y poesía mixta (la que presenta alejamiento o imitación de la realidad según el momento). Para Aristóteles, toda la literatura era poesía, porque en la época clásica, toda la literatura se escribía en verso. No era, por tanto, la forma, el envoltorio, lo que diferenciaba un tipo de texto de otro, sino el lenguaje que se utilizaba en cada uno.

Con el paso de los siglos y, cuando comenzó a aceptarse la literatura en prosa, la clasificación de Aristóteles derivó en la que todos conocemos. Los géneros literarios son tres: la lírica (expresión de sentimientos), la épica (narración de hechos) y la dramática (representación de hechos). La primera corresponde a la poesía no mimética, la segunda, a la mixta y la tercera a la mimética.

La lírica o poesía no mimética ha sido siempre la mejor considerada y más valorada por la crítica por su variedad, por su personalidad, por su originalidad. En la actualidad, sin embargo, es la hermana pequeña de los géneros literarios. La épica (en su versión de novela o relato breve) se sigue escribiendo, publicando y leyendo sin dificultad; la dramática, escrita para ser representada, ha crecido enormemente de la mano de su hijo, el guión cinematográfico, que mantiene la función de la poesía mimética; ¿y la lírica? No hay más que visitar cualquier macrolibrería y buscar la zona dedicada a la poesía... la poesía no ha muerto y no morirá, pero parece estar enferma, muy enferma y debilitada si la comparamos con los otros dos géneros literarios.

La lírica, ya despojada de la obligatoriedad de la rima, se fundamenta, básicamente, en el lenguaje. Un lenguaje que los críticos denominan «lenguaje poético», el ingrediente fundamental de la piedra filosofal, el producto incomprensible e inalcanzable para muchos, el componente que nos hace amarla o nos aleja, tal vez irremediabilmente, de ella.

¿Y qué tiene el lenguaje poético para marcar de tal forma a los poetas y a los lectores? Volvamos a la definición de Aristóteles: poesía no mimética... la que no imita a la realidad... la que se aleja voluntariamente de la objetividad... la que supone una visión subjetiva, transformada, reconvertida de hechos, sentimientos, miedos, esperanzas, deseos... La educación que recibimos los seres humanos (en la escuela y en la vida) nos hace relacionarnos con la realidad de forma lógica, comprendiéndola, controlándola, poseyéndola. Pero qué ocurre cuando algo apela a nuestra subjetividad ¿sabemos aceptarlo, reconstruirlo desde nuestra propia realidad, hacerlo nuestro?

La didáctica de la literatura lleva años clamando por una buena pedagogía del lenguaje poético: estudia la forma de transformar al estudiante en un descodificador competente de todo tipo de literatura, incluso la poesía, y busca convertir al niño y a la niña en creadores.

Es curioso cómo los adultos, incluso aquellos que sabemos, o creemos saber de pedagogía, actuamos de forma tan alocada y tan paradójica: primero herimos y luego curamos la herida, como el ciego de El Lazarillo de Tormes. El niño, ese ser que acampa a las afueras de la historia, es el ser creativo por naturaleza. Todo tiene respuesta para él... una respuesta realista o una respuesta mágica. Nada se resiste a su crea-

tividad y a su pensamiento animista. Y nosotros, tratamos durante años de encarrilarlo hacia el realismo, impidiendo que sus noches sean rosas, sus soles azules y sus árboles violetas; nos empeñamos en hacer rectas sus curvas y en explicar razonadamente sus dudas más fantásticas. Dejamos, eso sí, para tranquilizar nuestras conciencias, que el Ratoncito Pérez lo visite cuando pierde un diente o que los Reyes Magos o Papá Noel lleguen cargados de regalos en Navidad... pero sólo el tiempo justo. Pensemos en conciencia qué hacemos (o qué hacen muchos —no seré yo quien juzgue a todo el que lea este artículo—) con sus razonamientos más creativos, con sus respuestas más fantásticas. Recordemos esas argumentaciones nuestras: «los barcos no pueden ir por el cielo», «los elefantes no viven en los árboles», «los dragones no existen», «la luna no tiene ojos», etc... Y ahora, leamos un fragmento del texto elaborado por el CEP de Lora del Río (Sevilla) que lleva por título: *Aprender a crear, crear para aprender*:

«Al hablar de escribir bien, no nos referimos a la corrección ortográfica, sino a la fluidez verbal, a la originalidad, a la variedad, a la sensibilidad, a la elaboración de ideas.

Pero como no creemos que el niño sea un genio creativo por naturaleza, es necesaria una pedagogía de la imaginación, de forma que ensanche esas vivencias del niño y enriquezcamos ese bagaje cultural y expresivo que el niño ya posee.»

A diferencia de estos autores, yo sí creo que el niño es un genio creativo por naturaleza. Creo, porque lo he visto y lo he escuchado, que el niño, sobre todo el niño de Educación Infantil, es capaz de las creaciones más bellas, más originales, más extravagantes y más atrevidas.

Y no siempre por desconocimiento, como piensan algunos. Cuando un niño dice: «Las ovejas no hablan, pero en los cuentos, sí» ¿No está queriendo justificar su subjetividad ante los ojos realistas de los adultos e, incluso, tranquilizarnos?

Pero volvamos al pensamiento poético, que es el motivo de este artículo.

El lenguaje poético supone una reconversión conceptual, expresiva y subversiva que se aleja de la realidad para invitarnos a verla con los ojos de la subjetividad, de la originalidad, del sentimiento. José Ortega y Gasset dice que «El poeta tienen que buscar rincones inéditos de la realidad o ángulos nuevos para verla; ofrecernos una visión sorpresiva e inédita del mundo.»

¿Y de qué se vale el lenguaje poético para romper con la realidad? Pues de las tan estudiadas y denostadas figuras literarias. Esos tropos y figuras poéticas que aprendemos de memoria en el instituto, recitando unas definiciones que no comprendemos y que luego tenemos que encontrar dentro de los poemas cuando nos enfrentamos al «comentario de textos.» Estas figuras poéticas, estilísticas o literarias, son las que convierten la poesía en un lenguaje «para entendidos». Curioso, cuanto menos, que algo se nos haga tan complicado cuando llevamos viviendo con ello casi desde nuestro nacimiento...

Como hemos visto, los poetas crean imágenes originales, subjetivas, absurdas... a las que llamamos lenguaje poético. El niño pequeño verbaliza el mundo que lo rodea a través de imágenes muy similares; imágenes poéticas (originales, subjetivas, absurdas) que suponen un verdadero catálogo de figuras literarias: metáfora, metonimia, hipérbole, personificación, cosificación, compa-

ración, repetición, asimilación, onomatopeya... Pero, mientras al pensamiento poético del adulto, del escritor, lo llamamos «estilo propio», «voz personal» o «personalidad poética», al pensamiento poético del niño, lo llamamos «inmadurez», «desconocimiento lingüístico» o «error léxico o conceptual». **Y, sin embargo, en ambos casos, además del componente subjetivo, hay un componente lógico innegable y una evidente intención de expresar, de comunicar.**

Los niños y niñas construyen su propio lenguaje (y por tanto también su pensamiento) a partir de lo que ya conocen, de lo que van experimentando, de sus relaciones, de sus generalizaciones. El mundo, para ellos, es un extenso poema de maravillosos juegos expresivos que interpretan y hacen suyos convirtiéndose en los juglares más creativos e iluminados que pudiésemos imaginar.

Cuando los niños son pequeños, no han perdido aún la capacidad de asombro, de maravilla (como el poeta). Interpretan el mundo desde sus ojos, limitados por la falta de experiencias, pero abiertos a la asociación, a la apropiación, al significado más subjetivo y personal. De esta capacidad de interpretación surgen producciones lingüísticas extraordinarias por su originalidad y por su lógica, envidiadas por los poetas adultos para los que la realidad ha dejado de tener secretos y cuyo lenguaje supone un indudable esfuerzo intelectual y creativo.

¿Y qué hacemos los adultos con este pensamiento poético de la infancia? Los adultos, pedagogos o no, intentamos sacar al niño cuanto antes de su infancia... tenemos demasiada prisa por llevarlo a la realidad de nuestro lenguaje, de nuestra percepción del mundo y de nuestra verdad. Queremos que vea el mundo con nuestros ojos y que lo nombre con nuestras palabras; que-

remos que su lenguaje se aleje del pensamiento mágico para alcanzar, cuanto antes, su funcionalidad comunicativa adulta.

Este interés por acelerar el proceso de apropiación objetiva del lenguaje y por alejar al niño de su pensamiento poético sólo es comparable a la obsesión de algunos profesores de literatura que, en los institutos, se empeñan en diseccionar la poesía en lugar de ofrecerla a sus estudiantes para que la vivan, la sientan y la recreen desde su propia experiencia. Y luego nos quejamos de que la poesía no se comprende...

Un tren que anda sobre escaleras

Hace unos meses, en «el mirador» de la estación de tren de Zaragoza, asistí a la siguiente conversación entre un padre y su hija de unos 4 ó 5 años:

«—¡Mira papá, allí hay un tren andando por las escaleras! ¡Ya se va! ¿Mira!

—No, Laura, no son escaleras, son vías. (...)

—Hay otro tren en las ... escaleras de allí. Pero no anda...»

Analicemos la situación. La niña utiliza las palabras que conoce para nombrar lo que ve. De su visión del mundo, nace una imagen absolutamente poética: un tren andando sobre escaleras.

Y sin embargo, un tren no anda; un tren rueda. ¿Un niño de esa edad no ha visto nunca una bicicleta, un coche, un vehículo de juguete? ¡Claro que sí! Y, sin embargo, Laura dice que el tren está andando. En este caso, no podemos culpar al desconocimiento del «error» lingüísti-

co. Tal vez sea una impropiedad léxica, pero también es una de las figuras literarias más conocidas y más utilizadas incluso en la conversación habitual: la personificación. Personificamos aquello que nos parece especial, que llama poderosamente nuestra atención. Algo grande, algo espectacular, algo nuestro. Ese tren anda, no rueda. Ese tren es el gran descubrimiento de Laura y por tanto, la personificación es muy fácil, surge prácticamente sola. El padre, o no se percata, o no se molesta en corregirla.

Pero una visión adulta del mundo, conocedora de la realidad y de gran cantidad de vocabulario, no puede aceptar el otro «error» que encontramos en las palabras de Laura: las vías no son escaleras. Laura ha cometido... una metáfora.

Veamos cómo define el diccionario de la RAE una escalera de mano (que es, evidentemente, a la que se refiere la niña): «f. Aparato portátil, por lo común de madera, compuesto de **dos largue-ros en que están encajados transversalmente y a igual distancia unos travesaños** que sirven de escalones.» Laura realiza una identificación absolutamente lógica. Me he permitido remarcar parte de la cita anterior para que pueda comprobarse la similitud entre la definición de vía y la de escalera de mano. Ambas pueden identificarse por su semejanza física. Pero aún hay más. También pueden identificarse por su función: desplazar, trasladar.

El lenguaje poético infantil, no sólo refleja un pensamiento mágico o fantástico; también supone una interesante utilización del pensamiento lógico. El niño, experimentando el mundo, trabaja y aprende vocabulario, pero también relaciona, identifica, generaliza, compara... y produce extraordinarias figuras literarias a partir de su fabulosa creatividad.

La lógica y la creatividad. La objetividad y la fantasía.

Podemos recordar la anécdota narrada por la bibliotecaria norteamericana Virginia Haviland, en el XV Congreso Internacional del IBBY, celebrado en Atenas en 1976: «Un día, una madre angustiada se dirige al padre de la teoría de la relatividad para pedirle un consejo: —¿Qué debo de leerle a mi hijo para que mejore sus facultades matemáticas y sea un hombre de ciencia? —Cuentos, contestó Einstein. —Muy bien, dijo la madre. Pero, ¿qué más? —Más cuentos, replicó Einstein. —¿Y después de eso?, insistió la madre. —Aún más cuentos, acotó Einstein.»

La creatividad, la fantasía, la subjetividad son imprescindibles para resolver los problemas intelectuales más complejos. Laura ha resuelto su deficiencia lingüística, su desconocimiento del nombre concreto de un objeto, usando una dosis similar de fantasía y lógica. Y podemos ver en sus palabras una necesidad comunicativa, pero también esa necesidad expresiva que subyace a todo tipo de literatura y, principalmente, a la poesía.

El padre, preocupado porque su hija aprenda vocabulario y ajuste los significantes con los significados, corrige: no son escaleras, son vías. Pero un rato después, para Laura, las escaleras continúan siendo escaleras. Porque es su hallazgo lingüístico y literario el que prevalece sobre la enseñanza del adulto y porque ese es el proceso de construcción que debe seguir su desarrollo verbal.

Los niños son unos creadores absolutamente originales y, si los dejáramos aprender en lugar de empeñarnos en enseñarles, no perderían esta originalidad y esta subjetividad y no estaríamos

discutiendo cómo introducir en nuestras aulas de Primaria una pedagogía de la creatividad.

Cosas de niños

Pero el ejemplo de Laura, nuestra poetisa particular, no es el único. Hay muchos más ejemplos que nos sirven para demostrar que el niño utiliza continuamente figuras literarias con intencionalidad expresiva y comunicativa.

Estrella, una niña muy miedosa de cinco años y ocho meses, cuenta el siguiente chiste inventado por ella: «Se abre el telón y sale un drácula en pijama y dice: —Mamá, quiero pipí».

Se trata, desde luego, de una hipérbole, una exageración, una situación grotesca cuyo objetivo evidente es ridiculizar a alguien a quien teme, exorcizar el miedo. En este caso no tenemos una metáfora propiamente dicha, pero sí una imagen visual cómica y esperpéntica al mejor estilo de Cela o Valle-Inclán.

Paula tenía dos años y diez meses cuando encontró en la buhardilla el cráneo humano con el que trabaja su mamá que es odontóloga forense. Paula lo miró, no con miedo, sino con pena, y dijo: «¡Pobre señor! ¡Está roto!»

Un texto muy curioso. Es sorprendente cómo una niña tan pequeña ha sido capaz de relacionar un cráneo al que, evidentemente le faltan el cuerpo, los ojos, la nariz, la boca, las orejas, el pelo... con una persona. En esta imagen, hay personificación y asimilación, pero también una metonimia que asocia la parte (el cráneo) con el todo (el señor) y una metáfora (faltan «piezas» = está roto).

Podríamos poner infinitos ejemplos de imágenes poéticas (bellas o esperpénticas) que nacen de la visión subjetivo-objetiva infantil. Sólo tenemos que escuchar a los niños.

La escayola en la pierna de Asray (cinco años) tiene «una ventanita para que respiren los dedos». Esto, en lenguaje poético, recibe el nombre de metáfora y personificación.

Vicky (cuatro años y nueve meses) no se ha tomado la leche porque «se la ha tomado el suelo». Una nueva personificación, en este caso, con clara intencionalidad evasiva.

El caracol de Pablo (dos años y siete meses) «se ha dormido dentro de su casa y se ha tapado». La metáfora de la casa del caracol es estereotipada y puede nacer de algún cuento o de alguna canción que el niño ha escuchado, pero la personificación y la asociación de dormir-taparse, es de la propia cosecha del niño.

La casa que señala Jesús (cuatro años) está rota «porque en ella vive una señora muy vieja». La hipérbole y la asimilación entre viejo y roto es fabulosa.

El cuchillo de Carmen (cinco años) habla y dice «ti, ti, ti, ti, ti...». Aquí encontramos, no sólo la asociación y la personificación típicas del lenguaje poético infantil, sino también la onomatopeya y la repetición de las que tanto gustan los niños pequeños.

La guitarra que toca la madre de Silke (tres años y cinco meses) «canta, y las cuerdas sirven para que salga la música». De nuevo la personificación y la asociación protagonizan la imagen, pero, en este caso, encontramos también una metonimia.

Samuel (cinco años y seis meses) estaba malito y le dolía la fiebre de cuarenta y ocho grados. Esta afirmación afectiva, se fundamenta en la hipérbole y en la metonimia. ¿Cómo explicarle a un niño de esta edad que lo que le dolía no era la fiebre sino la misma causa de esa temperatura que él exagera por desconocimiento o por interés?

Álex (cinco años y dos meses) lleva la mano cerrada al bolsillo y guarda en ella el tiempo: «No se va, porque me lo he guardado ¿ves? Está aquí». Esa materialización nacida del juego, es una imagen poderosa y expresiva digna de un poeta.

Las respuestas de un adulto

¿Y qué hacemos los adultos ante este despliegue de creatividad lingüística de los niños pequeños?

Solemos aceptar, incluso usar con ellos, las metáforas, hipérboles, imágenes y onomatopeyas más estereotipadas, más aceptadas socialmente que suelen ser, curiosamente, creaciones adultas para niños, como esa concha-casa del caracol o la seta-vivienda de los enanitos... pero rechazamos las figuras nacidas de lo que entendemos como error léxico o conceptual. Tememos que el niño no esté asimilando «la realidad» y tratamos de hacérsela ver con nuestros ojos, de corregirlo.

Sin embargo, el niño está construyendo su propia realidad y su propio lenguaje a través de sus experiencias, de su lógi-

ca, de su creatividad. No podemos irrumpir con nuestras palabras y nuestro conocimiento adulto y robarle ese pensamiento poético que tanto nos cuesta recuperar cuando vivimos anclados en lo real, en lo objetivo... cuando tratamos de escribir y de entender la poesía. No olvidemos que el lenguaje poético es imprescindible para expresar los significados connotativos de un concepto abstracto. Lo que para un adulto, acostumbrado al razonamiento lógico y objetivo, es misterioso e impenetrable, para un niño es aceptable y comprensible dentro de su lógica fantástica.

¿Cómo actuar entonces? No tengamos miedo. Ni prisa. Utilicemos nuestro vocabulario delante del niño y permitamos que él utilice el suyo. El mejor camino será siempre poner en primer plano el respeto por la subjetividad infantil. Dejar que él investigue, asocie, relacione y articule su pensamiento mágico con su pensamiento lógico.

Un niño de esta edad puede no sólo expresarse utilizando un lenguaje poético de gran expresividad y belleza, sino también disfrutar de la poesía sin tratar de analizarla, comprenderla o valorarla. Dejándose llevar solamente de aquello que el texto sugiere, de las sensaciones que provoca en él.

La curiosidad, la trasgresión, la creatividad, la poesía están presentes en cada niño y lo seguirán estando si somos capaces de reconocerlas, valorarlas y fortalecerlas. Tal vez, por este camino, preservaremos ese pensamiento poético, connatural a la infancia, que los adultos tanto echamos de menos.

Dirección de contacto:
irune@enlasalle.com